

miedo, como si no escribir versos en ella tuviera algo de «sacrílego». Mallarmé no deja de exponer enseguida –«Mi Pensamiento se ha pensado»– un descubrimiento extraordinario: Dios ya no está; fuera por una lucha llevada a cabo por quien habla, lo cierto es que el «viejo y maligno plumaje» ha sido expulsado del espacio donde el espíritu forma sus representaciones. Dicho de otra manera: se ha puesto al desnudo la condición humana, firme y definitivamente: es la nada, sin ninguna trascendencia por encima de ella ni en ella, para salvarla de ser «una vana forma de la materia». Y ya Mallarmé obtiene una consecuencia decisiva, comprobando, según lo dice en otras cartas, más antiguas, que en esta noche del espíritu, o mejor dicho, más allá de ella, como una aurora, ha sobrevivido la Belleza, aún más pura y luminosa –desprendida de la significancia– que en sus manifestaciones durante los siglos de la ilusión... Grandes novedades, seguramente, formuladas como otras tantas certezas infalibles. Mallarmé deja entender que ha alcanzado una total maestría en esas materias que están siempre en el límite de lo pensable. «Mi Pensamiento se ha pensado y ha llegado a una Concepción Pura (...) la región más pura donde se puede aventurar mi Espíritu es la Eternidad, mi Espíritu» –nótese este uso de las mayúsculas– «ese solitario habituado a su propia Pureza, no oscurecida siquiera ya por el reflejo del Tiempo».

Sí, pero él no indica –y esta vez también en los mismos párrafos donde formula este absoluto– cuánto ha debido sufrir para alcanzar tal altura, ni hasta qué punto se siente quebrado. El año ha sido «terrible», dice, todo lo que «su ser ha sufrido, durante esta larga agonía, es inenarrable», y está «perfectamente muerto». Desde este punto de vista, es mejor: está «felizmente muerto». Estas palabras nos recuerdan la toma de hábitos de lo patético, la coloración de la experiencia verdaderamente vivida, que ha de observarse en ese «perfectamente» y esa «muerte», y que en él sólo se da en las alturas del pensamiento abstracto. En esa «lucha terrible» con Dios –la palabra aparece por segunda vez– Mallarmé ha triunfado cayendo, casi infinitamente, quizás en el mismo abismo. Muy grandes, en verdad, fueron las vejaciones de su «triunfo». Y, en esta perspectiva más vasta, no pueden dejar de ser recordadas, por quien lo lee como él anhelaba ser leído, como lamentos de un heroísmo menor, los que a menudo expone a sus amigos: insomnios, agotamientos, extrañas debilidades –la «horrible sensibilidad»– a los que se ve reducido. ¿Va a regañarlo Cazalis, más que nunca, por dejar que sus males lo distraigan, tanto y tan injustamente, de su vigilia ante lo absoluto?

¿No lo va a admirar tanto más como un héroe del espíritu, dado que es evidente que este explorador de los confines no disponía de la fuerza necesaria para asumir esta carga y ha debido luchar quizá también contra su envoltura mortal? ¿Ha conseguido valerse de ella para obtener algo

más de lucidez? ¿No lo va a admirar, inmensamente, y disponerse, a partir de tal admiración, si no a creerlo, cuando refiere sus descubrimientos, al menos a escucharlo, con atención, sin osar ni querer contradecirlo, más bien deseoso de que tenga razón? Esta atención, esta aprobación, esta actitud al menos de reserva, no es dudoso que Mallarmé las requiera. Cuando hablaba al mismo Cazalis, en 1864, de la «poética muy nueva» —la del «efecto» por vía de la sensación— y ello evocando sus «días tristes y grises», le decía: «No sé si me adivinas» (...) «mas espero que me apruebes cuando lo haya conseguido». Y la adhesión entusiasta, la confianza del intelecto, Cazalis las otorga enseguida. En su respuesta del 15 de mayo de 1867, al día siguiente de la gran misiva, se arroja sobre la pluma y escribe: «Amigo mío, he llorado leyendo la carta, llorado no por verte muerto, puesto que tu muerte te ha hecho subir a la vida, en el cielo tranquilo donde soñabas entrar, sino llorado por respeto y admiración. Eres el más grande poeta de tu tiempo, Stéphane, sábelo. Y por alto que estés, pobre amigo mío cuya vida ha sido tan dolorosa, tan santa, tan triste, que este homenaje consuele en ti lo que reste de humano».

Cazalis se apresura en añadir que todos los demás amigos con sólo unos niños, «que alborotamos apenas» en torno a Stéphane y concluye: «Termina tu obra: lo pido al destino». Esto muestra que Mallarmé ha obtenido lo que pedía. No se trata para nada en estas frases de admiración —nunca tuvo la preocupación de ser el más grande— sino de diferir el examen compartido del pensamiento que él mismo, que lo ha formado, no deja de cuestionar, sin duda. De golpe, en la soledad donde sueña y medita, la esperanza más insensata puede abrir sus alas si hace falta. Intercambios como el mencionado permitieron a Mallarmé, entre 1866 y 1867, hablar de su proyecto poético sin encontrar más que la confianza de los otros y la abdicación de su juicio. No es que le hayan permitido causar efecto, aparentar, sino simple y humildemente, continuar siendo el soñador —el «soñador impenitente» dirá alguna vez— que debía ser para poder pensar, por ejemplo, que estaba, de repente, «perfectamente muerto».

Lo que surge de esta manera de ser con sus amigos, tan ambigua a la vez que tan eficaz, es que la diferencia que se podría creer hubiera entre las dos épocas de su correspondencia, se borra. Las dos fueron para soñar. Simplemente, la segunda, la del tiempo glorioso, intentó hacerlo de una manera aún más humilde, evitando las situaciones que unos interlocutores respetuosos pero menos íntimos, menos advertidos en cuanto a la vida privada del poeta, habrían podido suscitar, para su mayor malestar —no ante ellos sino ante sí mismo— dirigiéndole la pregunta del último salto entre la existencia y el absoluto, entre el azar y el Libro. En tanto que la primera época de las cartas, más confiada en el corresponsal, podía tratar todavía de salvar la vida, compartiéndola.